

filósofos del mundo; todavía el eco de su palabra está en el aire bendito que respiro, porque las palabras del sermón de la montaña todos los días me las repetía mi madre; todavía me parece ver al jefe de la Iglesia llamando á los judíos, esta bleciendo la Iglesia, espirando en el polvo de la ciudad romana, en aquel polvo, del cual, como del polvo del Paraiso, habia de salir una nueva humanidad; todavía me parece que veo al Apóstol de los gentiles, perseguido por los fariseos, calumniado por sus hermanos, lleno de tribulaciones, entre los tormentos y el fuego de las hogueras y los ahullidos de las muchedumbres, predicar la verdad divina; todavía mi espíritu se detiene en Efeso, se cierne sobre la isla de Patmos, y en aquella hermosa soledad, en la hora en que la sirena griega exhala su último cántico en las ondas celestes del Mediterráneo, y el sol se pierde en el indeciso límite del horizonte, y aparece la primer estrella en el desierto cielo, vé como el Apóstol querido escribe su Evangelio, la última palabra del Cristianismo en el primer siglo, la corona de esta obra inspirada por Dios, que va á ser el ideal de la humanidad. — He dicho.

EL GNÓSTICISMO.

LECCION SESTA.

SEÑORES:

Hemos visto el Cristianismo en el primer siglo; sí, el Cristianismo en su movimiento interno, en su progreso propio, en sus dogmas, fuera del contacto de toda otra idea, de toda otra escuela. Le hemos visto nacer con el Salvador, triunfar desde la cruz, extenderse por Oriente con San Pablo, por Roma con San Pedro, por Grecia con San Juan. Hemos visto que contenia en sí la idea del Padre, del sér eterno, absoluto, superior á la idea del Oriente; la idea del Verbo como no la habia concebido Grecia; la idea del espíritu, á que no habia llegado Roma en su trabajo por constituir la unidad del mundo y de la humanidad. El Oriente, ese gran cenobita, ese gran solitario de la historia antigua, meditando en el fondo de sus bosques, á la orilla de sus lagos, al pié de sus volcanes, en las

riberas de aquellos caudalosos rios, entre el ruido que producía la vida de tantos seres como engendraba su exuberante naturaleza, no había llegado por ningún esfuerzo de su misticismo á comprender el Dios creador, conservador de todas las cosas, distinto del mundo, más hermoso que la noche estrellada, que la luna rielando en el mar, que el sol naciendo entre las blancas espumas; no había llegado á esta idea, sino por el milagro de un pueblo, pequeño, oscuro, despreciado de todos, esclavo en Babilonia, esclavo en Nínive; pueblo, que guardaba en el fondo de sus desconocidos desiertos y de sus grutas la verdadera raiz de la verdadera religion. Grecia, la sacerdotisa del hombre, la que había bajado á las orillas del mar á recoger perlas para su corona, la que había cubierto de flores su peana, la que había engarzado las estrellas en su palacio, la que había puesto en sus manos una hermosísima lira, en sus labios un eterno cántico, en sus ojos una luz más deslumbradora que la luz del sol, en su frente una idea absoluta, la que le había enseñado que en todos los seres, en toda la naturaleza, lo mismo en la gota de rocío que en el aliento del aura, lo mismo en la hoja del árbol que en la cinta de alga, se encierra un suspiro de su amor, un reflejo de su espíritu; Grecia, la eterna artista de la historia, después de haber recogido la voz del hombre en todos sus poemas, la idea del hombre en todas sus

escuelas, las formas del hombre en todas sus estatuas, las fuerzas del hombre en toda su naturaleza, la idea del hombre en toda su vida, no había llegado, sin embargo, á comprender que el hombre podía recibir en su carne, en su organización un Dios, dispuesto á exaltarle, á darle su vida, á divinizar hasta sus dolores, hasta su muerte. Y Roma, sí Roma, que había abandonado su cabaña, su sencilla primitiva vida del campo para lanzarse audaz á los combates á dar unidad á todas las razas, disciplina superior á todos los pueblos, á unir el Oriente con el Occidente, Grecia con Asia, Jerusalem con Babilonia, Alejandría con Italia, el mundo entero hasta entonces fraccionado consigo misma, Roma no había podido fundar su unidad en una idea superior á su ciudad, superior á su derecho, superior á la fuerza de sus ejércitos y á las lanzas de sus soldados, en la unidad del espíritu que traía consigo la nueva religion. Y hé aquí, señores, tres mundos, tres épocas de la historia, trabajando incesantemente, hiriendo los cielos y la tierra para encontrar tres ideas, y no hallándolas perfectas y cumplidas sino cuando amanece un nuevo día en la historia y empieza una nueva fase en la vida de la humanidad.

¿Pero cuál fué la primer impresión que el Cristianismo hizo en la conciencia del mundo pagano? ¿Cómo recibió sus dogmas? ¿Cómo comprendió sus

primeras ideas? ¿Cómo interpretó sus secretos? Cuestión es, señores, difícil, pavorosa y que abor- do con recelo, con temor, contando con la bene- volencia de los que han tenido valor bastante para seguirme hasta aquí. El mundo antiguo se divide en dos grandes porciones en el espacio, en dos gran- des épocas en el tiempo, en Oriente y Occidente. El Oriente, primer albor de nuestra idea, primer florecimiento de nuestra vida, primera manifesta- ción de nuestro espíritu, rodeado de la naturaleza que lo envuelve como una gasa, lleno de sávia como el arbusto en primavera de flores, perdién- dose en el seno de la creación como el vapor de sus lagunas, por el instante en que aparece en la historia, por el medio en que vive en el mundo, viene á representar el sueño de la inocencia, la exaltación del misticismo, el hombre escondido en el polvo, y el espíritu escondido en el hombre, co- mo la miel y el aroma se esconden en el seno de la flor antes que haya abierto sus hojas y haya re- galado al viento sus esencias.

Por eso el Oriente debía tener en la historia un carácter exaltado, místico, religioso. El soldado, que pelea por su religión; el eremita, que se ma- cera; el solitario, que se pierde en la contempla- ción de su Dios, debían ser como las estatuas le- vantadas sobre esa gran cuna de la humanidad. El oriental se apartaba de la tierra, de la vida práctica, deponía su conciencia en el ara del sa-

cerdote, su voluntad en el carro triunfal de su rey, su futura suerte en manos de sus dioses, su porvenir en la transformación de su sér en otro sér, su vida en la naturaleza, su personalidad en la casta; y no acertaba á comprender qué destino venía á cumplir en la inmensidad de la creación el hombre, suspiro de un instante, fantasma pasa- jero, ténue vapor de la vida universal, mustio ra- yo de la luz eterna, pequeño átomo de la infinita y absoluta sustancia. Por eso es necesario ver, estudiar qué impresión hacía en su ánimo místico, soñoliento, exaltado, una religión práctica, posi- tiva, una moral que hacía consistir la virtud, no en la contemplación mística y silenciosa de Dios, sino en la actividad del espíritu, en las buenas obras; una vida, en fin, que devolvía al hombre la conciencia de su personalidad y al espíritu lo que el oriental no había comprendido ni había soñado nunca, perdido como estaba en la creación, su santa libertad.

Y al mismo tiempo que el Oriente debía sufrir una impresión profunda con la idea cristiana, el Occidente, Grecia y Roma debían sufrir otra im- presión no ménos trascendental y extraordinaria.

El mundo clásico tenía un carácter positivo, práctico, limitado á la vida presente, á la vida real. Sus dioses eran hombres; sus templos casas; sus cielos montañas tocadas por las humanas ma- nos; sus dogmas hermosas poesías, armoniosísi-

mos cánticos; sus ceremonias danzas alegres, dramas, coros, procesiones cubiertas de flores; sus víctimas corderillos, palomas que abrasadas en el sacrificio se perdían entre los pliegues del cielo como una nube de estío; sus tumbas hermosos cenotáfios coronados de estatuas rientes; su gran libro teológico la conciencia humana; su primer sacerdote el pueblo; su eterna mansión la tierra; su ciencia religiosa la filosofía; y todas sus teogonías, y todos sus recuerdos y todas sus esperanzas eran símbolos y nada más que símbolos de las fases, de las transformaciones, de los aspectos, de las formas que toma la vida de la humanidad en la historia y en la naturaleza. ¡Qué impresión había de producir en el ánimo de aquellas naciones guerreras, de aquellas naciones artísticas, de aquellas naciones filosóficas, dispuestas siempre á creer que toda su vida se encerraba en los límites de la tierra, que todo su destino se cumplía en las esferas de la historia, aquella religion espiritualista, trascendental, que mostraba al hombre una idealidad inagotable en el cielo, un Dios escondido en la eternidad, un espíritu invisible, derramado como eterna fuente de vida en la conciencia y en la naturaleza, un alma inmortal, un destino infinito, destino que debía cumplirse no aquí, no en este mundo de un día, sino en otro mundo más bello, superior al sentido en que el hombre, despojado de esta vestidura mortal, de esta organiza-

cion que los griegos habían creído el eterno tipo de la hermosura y del arte, debía por su propia intuición ver y amar á Dios en esencia y en espíritu?

Ah, señores, el Cristianismo debía por vez primera en su aparición, trastornar completamente el espíritu del Oriente y de Grecia. El cenobita oriental debía levantarse del polvo, sacudir su largo sueño y darse á la actividad del espíritu; y el artista griego debía sacudir su corona de verbena, su eterna sonrisa y darse á la contemplación de Dios. El uno debía fijar los ojos en la tierra, para comprender que en la tierra se siembra el grano que más tarde se ha de recoger en el cielo; y el otro debía levantar al cielo sus ojos para comprender que del cielo viene la luz que baña esta vida, que ilumina y vivifica este mundo.

El Cristianismo realizaba en la conciencia una idea semejante á la idea que Roma realizaba en el espacio. Si alguna vez hubierais dudado de la armonía viva que existe entre el espíritu y la naturaleza, entre la conciencia y la vida, entre la filosofía y la historia, este espectáculo del Cristianismo y de Roma sería bastante á convenceros de que es tan imposible separar la idea del hecho, la idealidad científica de la realidad histórica, como es imposible separar, divorciar el alma del cuerpo. Roma traía la unidad del hombre, y el Cristianismo la unidad de Dios. Roma conquista-

ba todas las razas con su espada, y el Cristianismo con su doctrina. Roma daba á la humanidad un cuerpo, y el Cristianismo un espíritu. Roma reunia en su recinto el espíritu político del Oriente y de Grecia, y el Cristianismo reunia en sus dogmas el Dios de Oriente y el hombre de Grecia. Roma realizaba una revolucion material, profunda, profundísima, y el Cristianismo realizaba una revolucion en la conciencia trascendental, inmensa. Roma bajaba las gradas del Capitolio con sus emperadores y con sus soldados, y el Cristianismo subia esas gradas teñidas de sangre con sus doctores y con sus mártires. Roma debía sellar el libro del antiguo derecho, de las legislaciones antiguas y revelar la idea de un nuevo derecho humano, y el Cristianismo debía sellar el libro de las antiguas teologías, de las antiguas religiones, y derramar una nueva idea religiosa en el mundo. Roma infundia el Oriente en Grecia y Grecia en el Oriente, y el Cristianismo debía reunir los orientales, los griegos, los romanos, todos los hombres, en la luz del cielo, en el espíritu de la verdad y de la justicia.

Pero era difícil que el mundo antiguo adivinara toda la trascendencia de las ideas cristianas. Para separarse el mundo de sus antiguos altares, de sus primitivos dioses, necesitaba hacer un esfuerzo supremo sobre sí mismo, porque nada es tan triste como dar un adios á lo que por espacio

de muchos siglos ha sido nuestra vida. Así es que los pueblos antiguos pedian á la nueva idea, á la nueva religion, que les dejase vivir un poco al pié de sus altares, que admitiese sus dioses nacidos en el seno de la naturaleza, que les permitiera llevarles las ofrendas de sus antiguos sacrificios, celebrar las ceremonias de sus antiguos ritos, acariciar los pensamientos de sus antiguas teogonías, ó al ménos que entrara en sus templos, y viera el resplandor de su lumbre, el ara cubierta de flores, la víctima coronada, el pueblo llevando las ofrendas de la naturaleza, los coros de las vírgenes, las danzas que trenzaban las jóvenes delante del altar, las hermosas estátuas resplandecientes de alegría, las esperanzas, las ideas que encerraban todas aquellas fiestas, y despues dijese si debía morir irremisiblemente tanta grandeza y tanta hermosura. Y de este esfuerzo para unir el paganismo con el Cristianismo nació evidentemente la principal idea gnóstica, que representa la primer impresion que en la conciencia pagana hizo la nueva idea religiosa. Era imposible, absolutamente imposible, que el paganismo comprendiera el Cristianismo en un momento, en uno de esos momentos que Dios guarda para sus elegidos. Antes de llegar á comprender en toda su pureza la idea cristiana debía andar la conciencia extraviada; cayendo y levantando, errando mucho, como sucede al que aprende una nueva doc-

trina, una nueva ciencia. El paganismo comprendía, adivinaba que era cercana y fatal la hora de su muerte. Los emperadores habían convertido en una política la religión, señal evidente de la muerte de las religiones; los filósofos abandonaban los templos para enseñar un Dios más puro en las escuelas; los poetas iban desterrando de sus teogonías aquellos antiguos genios que habían dado su lira á Homero y á Píndaro; los estatuarios no derramaban en el mármol aquel fuego celeste que tenía el Júpiter de Fidas, y en vez de dioses modelaban hombres; los guerreros fiaban más en sus propias fuerzas y en su propia espada que en la espada de Marte; los navegantes no veían formarse en las indecisas líneas de las olas y entre las blancas espumas la imagen de Glauco ceñido de algas y de perlas; los altares poco á poco iban quedando en el aislamiento; los pueblos guardaban del culto la materialidad, la ceremonia exterior, la liturgia, pero no la idea; los sacerdotes gemían en la soledad, los oráculos callaban, las tradiciones se perdían; y así mientras se desertaba de la mágica hermosura del paganismo la naturaleza, y huían los faunos de los campos, y se desvanecían las náyades, y se ahogaban las sirenas en el mar, y se reunían como en un sepulcro todos los dioses mutilados en el Panteón, todos vencidos, todos hechos trofeos de las fuerzas del hombre, la conciencia humana que no

puede vivir sin un Dios, sin aspirar á lo infinito, se abrazaba al Cristianismo, pero volvía los ojos á sus antiguos templos donde humeaba aun el fuego del sacrificio, donde exhalaba sus aromas la religiosa verbena, donde aun estaba henchido el aire con los cánticos de los antiguos poetas.

El espíritu pagano hacia un esfuerzo para infiltrarse en el Cristianismo. Conocía que su vida pasaba, y quería dilatar en la nueva religión su vida. Para conseguir este fin, envolvía sus dioses, sus genios, en el manto rasgado del Dios del Oriente, y los llevaba al templo de la nueva religión. Creía, en un arrebató de locura, que era posible bautizar con el agua purísima del Jordán á Juno, á Vénus, á Júpiter, á todo el Olimpo. No el podía comprender cómo habiéndose encarnado espíritu de Dios en el hombre, ese espíritu rechazara las encarnaciones de otros dioses en el seno de la naturaleza. El paganismo se resistía retirándose. Dejaba en buen hora la cúspide de la creación, la eternidad, los cielos al Dios-Padre y á su Verbo; pero quería que ese inmenso espacio extendido entre el cielo y la tierra, ese vacío fuera poblado por sus antiguos genios, que Cástor y Pólux lucieran aun en las estrellas, que Apolo guiara el sol y concertase la armonía de las esferas, que Júpiter vibrara el rayo, que Juno perfumase con su aliento los aires, que Vénus se meciera hermosa en las ondas del plateado mar, que

la naturaleza se conservara con todos sus genios, con todos sus dioses, con toda su vida, para que el monoteísmo oriental no secara esa fuente de inspiración de los poetas y no quitase ese último asilo á la rica fantasía de los pueblos, necesitada de dioses, de armonías, de cánticos, de toda la variada vida del paganismo. Y de esta suerte las escuelas gnósticas venían á mostrar que no habían comprendido la trascendencia de la religión cristiana, que venía á matar el dios naturaleza, para dar libertad al espíritu.

Pero no es solamente este carácter el que presenta el gnosticismo; ofrece también un carácter muy digno de señalarse. Así como las almas apegadas á la religión de sus padres quieren que el paganismo, en cuanto sea posible, se salve delante de la nueva religión, las almas incrédulas quieren que el paganismo cobre su vida en el filtro de la magia para contrastar la religión cristiana. Para estos ya no es el paganismo aquella religión sencilla de la naturaleza, en que el culto es la ofrenda del campesino y del labrador, en que los dioses gozan de una eterna tranquilidad, en que las vírgenes danzan y cantan sencillamente al compás de sus liras, recordando ora la primavera, ora las lluvias benéficas, ora la siega, ora los frutos del otoño, no; el paganismo ha perdido esta inocencia primitiva, candorosa, y se ha armado fuertemente para resistir á la nueva reli-

gion, ha entrado en las cavernas mágicas del Oriente, ha visto hervir las sustancias en las calderas de los hechiceros, ha probado aquellos filtros, ha recogido aquellos conjuros, y trasformándose en esta nueva vida, llena de amuletos, de sortilegios, de demonios, de genios extraordinarios, espera hacer lanzar á la humanidad de su seno el espíritu del Cristianismo. ¡Cuántas veces se veía en la antigua Atenas, en la severa Roma, que mientras el templo estaba desierto, mientras el sacerdote se afanaba en vano por atizar el fuego del sacrificio, mientras los misterios de Eleusis se veían abandonados; el pueblo, aquel pueblo que había vencido con sus dioses y por sus dioses, anhelante, respetuoso, medrosísimo se acercaba al hechicero persa, que ceñido de blanca túnica, envuelto en manto de púrpura, coronado con la tiara de oro, agitando en sus manos un hierrecillo, profiriendo balbucientes palabras árabes, trazaba círculos mágicos al rededor de su pueblo, le infundía una voluptuosidad extraordinaria, lo atraía como la serpiente al pajarillo, lo domaba, le hacía reír, cantar, llorar, le abría los secretos de lo por venir, los misterios del templo, le explicaba sus propios dioses, su propia religión, dándole un sentido místico, oriental, bien ajeno al espíritu pagano, y en una palabra, llegaba con sus ideas hasta el corazón de las muchedumbres cuando las muchedumbres veían vacilantes sus

templos y mudos sus oráculos! Y en la magia caían muy especialmente las aristocracias, las gentes de educacion y alto espíritu. No hay que hacerse ilusiones. En la organizacion, si es permitida esta palabra, de nuestro espíritu, se encuentra la necesidad religiosa. El espíritu humano jamás vivirá sin religion. La vida de un dia no satisface este anhelo infinito de vivir; el amor de un instante no puede llenar los deseos de este inquieto corazon; la hermosura de la tierra no puede corresponder al amor, á la hermosura absoluta, que siente nuestro espíritu, y el espacio entero es pequeño y estrecho para estas nuestras ideas, que necesitan extenderse, espaciarse en lo infinito. Pero por lo mismo que la religion es una necesidad del espíritu humano, cuando esta necesidad no se satisface naturalmente, no se llena con el rayo de luz que viene del cielo, toma un caracter oscuro y todo lo corrompe y emponzoña. Y si Dios no desciende á consolar al espíritu, si una esperanza infinita no se apodera del corazon, en cambio viene la supersticion, vienen las preocupaciones, el miedo á la naturaleza, en una palabra, el vacío. Y como la aristocracia romana no tenia religion, se contentaba con adorar la magia, con profesar el sortilegio, con hacer conjuros, con creer en una ciencia oriental, que despojando á la naturaleza de la hermosura, de que la habia revestido el paganismo, la convertia en un inmen-

so laberinto, donde se evaporaban y se volatilizaban las sustancias, y se convertian en sombras todos los séres, y se disipaba el espíritu. Y de aquí nació otro de los fines del gnosticismo; porque el espíritu de estas sectas no se contentaba con las ideas griegas, y corria al Panteon á ver el nuevo dios muerto llevado allí por los emperadores, y tomaba tambien como yugo de su vida el Cristianismo y sus ideas, mostrando que en ninguna religion tenia fé, y que habia perdido hasta la última luz de la vida, hasta la consoladora esperanza.

Lo cierto es, señores, que el gnosticismo nacia del espíritu de su tiempo, de la vida de su siglo. Alejandro habia abierto el Oriente al Occidente, Roma habia agrandado el pensamiento de Alejandro, por todas partes la espada de los guerreros llamaba á la puerta de los templos, en todos los caminos del mundo se encontraban unas con otras las razas, y al encontrarse contábanse sus dolores, sus creencias, sus esperanzas; el sacerdote persa entraba encadenado en Roma; el mago oriental subia las gradas del Capitolio; el judío escapado de Jerusalem iba á Alejandría y llevaba allí su Dios, que aterraba con su grandeza al espíritu humano; el filósofo griego corria al Asia Menor y en aquel gran caos de pueblos y de razas esparcia sus ideas; los dioses todos iban en los carros de los vencedores, en los trofeos de los

ejércitos; y de esta confusion de ideas que traían sobre el mundo la ebullicion, digámoslo así, de una nueva humanidad, nacia la confusion de la theurgia persa en la filosofia griega del Dios único de los hebreos con el dios materialista de los indios, de las armonías pitagóricas con la magia discordante del Egipto, de las luchas de las divinidades entre sí con el reposo olímpico de los dioses griegos, del materialismo con el espiritualismo, del Hijo del hombre muerto en la cruz con las legiones de los batalladores ángeles caldeos; confusion que era la trama de la vida del gnosticismo. Así nada más confuso que estos sistemas, nada más indescifrable. Eran como la entrada en un templo de infinitos pueblos, que no alcanzaran á entender ni los símbolos, ni los dioses guardados en ese templo. Eran como el caos de donde iba á salir una nueva ciencia. La luz no habia caido sobre el caos, la palabra creadora no habia ordenado sus elementos, y unas ideas luchaban con otras ideas, y unos principios con otros principios, y unos dogmas con otros dogmas. Parecia como que Dios, inclinándose sobre la historia cual un padre se inclinó sobre el caos, queria ver pasar ante sus ojos todo el antiguo mundo, los dioses alados, las flores del Lotho que habitaban en los azules mares de la India, las esfinges, las coronas de oro que habia llevado sobre sí Thebas, maga de la historia; el sol reluciente, brillantísimo, que en el

fondo de su templo habia encerrado Persépolis como una eterna imágen del sol que habita los cielos; las estrellas errantes y silenciosas, que para recibir la adoracion de los hombres se habian posado sobre las altas torres de la Caldea; los cocodrilos y las grandes tortugas de Menfis, que llevaban sobre sus conchas el peso de la tierra; las guirnaldas de acanto cinceladas por los más divinos artistas de la tierra con que Corinto se presentaba á la orilla de su mar, siempre riente, á celebrar las fiestas de sus dioses; Atenas con su lira, con su cincel, con su trompa épica, seguida de sus dioses de mármol, verdadera apoteosis del hombre, de sus coros de poetas, que le llevaban la miel de la inspiracion á sus labios agitados por un eterno cántico; Roma con sus divinidades sabinas y etruscas, con su mohosa lanza, con su Panteon, último refugio del Olimpo; Alejandría con sus mil escuelas, con los sacerdotes de todos los cultos, con los filósofos de todas las escuelas, con los sortilegios de todos los magos; el mundo, sí, el mundo antiguo con todos sus dogmas que se disipaba, que se perdía como un poco de humo delante del nuevo Dios triunfante desde la cruz en la cima del Calvario.

Pero no era esto solamente lo que significaba el gnosticismo: significaba más en alguna de sus escuelas. Era, digámoslo así, en la fase que más se unía al Cristianismo, como la preparacion del

espíritu á separarse de la naturaleza. No se puede juzgar el gnosticismo con arreglo á un sistema fijo, ni bajo el tipo de una sola idea. Esto es imposible, porque son tantas y tan varias las imágenes que nos presenta, que el reducirlas á la unidad es empresa vana é imposible. El gnosticismo es la impresion que en la conciencia pagana hace la nueva religion, impresion profunda. Y como es la impresion que en la conciencia pagana hace el Cristianismo, es varia, es multiforme, como todas las impresiones. Las ideas, que son la unidad, que tienden á lo absoluto, se prestan fácilmente al conocimiento, porque la idea, producto del ejercicio de todas nuestras facultades, representa lo más primordial y sencillo. Pero la impresion, por lo mismo que es confusa y varia, por lo mismo que tiene tantos matices y toma tantas formas, la impresion se escapa á la síntesis. Es muy fácil sistematizar grandes ideas, pero es muy difícil sistematizar ligeras impresiones. La idea sólo tiene una forma en la razon; la impresion toma aspectos innumerables, varias formas en el indeciso mar de nuestra sensibilidad. Por eso el gnosticismo, que unas veces aparece como la última transacion posible entre la idea pagana y la idea cristiana, aparece otras veces como la imagen de una extrema oposicion al paganismo. Es el espíritu jóven y entusiasta del creyente, que no se detiene á pesar de las ideas, sino que huyendo

de las que le parecen falsas, va á dar fatalmente en profundísimos abismos. Es la oposicion á las ideas antiguas, oposicion irreflexiva y apasionada, que no quiere ver lo que han tenido de grande y de verdadero. Es el espíritu como el neófito que abraza una nueva causa, como el jóven que siente la primer pasion. El paganismo habia puesto en cada sér de la naturaleza un dios, habia divinizado el mundo material. Para el paganismo, en la ola, en el suspiro del áura, en la hoja del árbol, en el rayo indeciso de la estrella que riel, en el lago, se encierran divinidades cuyo soplo, cuyo ciego espíritu animan el mundo material. Para el paganismo los séres, los fenómenos de la inmensa naturaleza son como manifestaciones de los dioses, eterna vida, sustancia eterna de la materia. No, el aire no gime en la enramada, son los dioses campestres; el sol no alumbra, es la antorcha de Apolo; el arroyo no murmura, es la ninfa que se desliza en su seno; la flor no embalsama la tierra, no, es la divinidad encerrada en su corola; el mar no palpita en blancas y azuladas ondas, es la eterna sirena que se mece entre sus espumas; la brisa no enjuga la frente del marinero con su soplo, es el suspiro de la hermosa Thetis; la primera luz no dora por la mañana el horizonte, es la Aurora que tiñe con sus rosados dedos el cielo; la naturaleza no tiene vida sino porque la divinidad habita en su seno y se esconde en su fondo como se esconde la